Manos contemplativas

Segunda parte

La unidad espiritual

A la base del equilibrio buscado por el estilo de vida monástico está el principio de la unidad espiritual del hombre. Es decir, la percepción fundamental de la irreductibilidad del hombre al pensamiento más bien que a la acción. Esta unidad dinámica es entendida al mismo tiempo como un dato y una tarea.

Un dato: el acto plasma el corazón y lo enriquece con la historia, el corazón consagra el acto y lo purifica de las inercias e idolatrías del yo. *Una tarea*: la acción humana, estructuralmente incompleta y de valor simbólico, envía para sí al propio cumplimiento, en la oración. La acción humana, como muestra la hora última de Jesús, se cumple en el confiarse en Manos más grandes, las de Dios Padre.

Tal experiencia límite reenvía a la función unificadora de un sentimiento humano fundamental, que san Benito comprende como el fundamento de la vida contemplativa, alma de la búsqueda de la oración continúa: **el sentimiento de la presencia de Dios,** previo a toda distinción entre acto exterior y pensamiento contemplativo. Base de la escucha generativa.

Ora et labora

El sentimiento de la presencia o "temor de Dios", es el horizonte en el cual germina el *ora y trabaja* desde un punto de vista evangélico, la salida del sujeto en el acto del amor es para sí respuesta de fe adecuada al venir gratuito de Dios (si solo pensamos en Mt 25, 31-46 ó a Lc 10, 28-37; Jn 13, 1-15). Pues bien, en san Benito y en su percepción de la preciosidad del acto es determinante, aunque apenas esbozada, la percepción del éxtasis de la acción, que el papa Montini, el papa "monje", en un escrito inédito sobre *ora y trabaja* ha intuido y descrito muy bien así:

> Quedaría por estudiar un punto muy interesante, aquél del éxtasis de la acción. Si la caridad es el primer precepto, y aquella hacia el prójimo es el segundo y casi extensión y aplicación del primero, difícilmente se podrá exceder o errar abandonándose a una actividad que sea toda en servicio caritativo de la gloria de Dios y de la salvación del prójimo. La dedicación absoluta restituye al alma aquella unidad que la obra exterior le hacía perder.

En filigrana, para inervar esta figura de hombre espiritual, se puede leer impresa justamente la experiencia de Jesús que manifiesta en sí la energía potencial para rediseñar la figura de la unidad del espíritu humano: Jesús, el Hijo, el orante que obra.

En la oración, en efecto - y la narración de la vida de Benito esbozada por el Papa Gregorio lo confirma- se vive la experiencia de la *irradiación*. El diálogo de amor con el Señor, el dejarse amar por él a quien nos confiamos y abandonamos, hace surgir en el corazón una insuprimible carga diletante e irradiante de amor que lleva a vivir la cotidianidad como natural continuación de la oración, también como proseguimiento necesario, como si, si se quedasen encerrados en la oración, podrían explotar. En este sentido acción y contemplación no están en alternativa ni en antítesis. Papa Pablo VI, en el escrito arriba citado, así se expresa:

La cotidianidad es el lugar en el cual la oración se expande para posarse sobre cada realidad, amada por Dios, la mirada y la mano recibidas de él, al lado de Jesús, el Hijo, que todo recibe del Padre. La oración no es una operación mental, es un hecho de corazón y el corazón, si consideramos el aspecto fisiológico que está a la base del símbolo, es el órgano que hace circular la sangre, la recibe y la difunde en todo el cuerpo, no la retiene. Cuando se advierte que el momento de la oración está en antítesis, en tensión, con las actividades cotidianas, quiere decir que no se la ha vivido y comprendido en el modo verdadero.
Orar es diálogo con Dios que empuja, como consecuencia natural de la oración, a actuar en el mundo; confiere sentido a este actuar y desvela la preciosidad: la cotidianidad es el lugar en el cual se manifiesta la plena naturaleza de la filiación amplia lograda al orar. Jesús vive un diálogo incesante con el Padre, pero, según la narración evangélica, solo en preciosos y concentrados momentos se retira en oración solitaria. En los Evangelios lo vemos vivir y obrar en medio de los demás. San Benito, que ha enunciado el principio del *ora y trabaja*, en su Regla afirma que la oración debe ser "breve y pura".

La contemplación: un estilo

La contemplación es por lo tanto un estilo, más que una dimensión contrapuesta a la acción. En el sentido que es la forma de cada pensamiento, que lo hace práctico; y es la forma de cada acción, que lo hace simbólico. Es la atención total, en el sentido – para entendernos – en el cual Simone Weil entendía la atención: "una mirada que antes de todo es una mirada atenta, con el cual el alma se vacía completamente del propio contenido para acoger en sí el ser que está mirando". Inseparablemente mirada que admira sorprendida y mirada que, amorosa, interroga.

Pero la contemplación es también un "estilo" del acto: no del "muerde y huye". No de la cantidad. De la gracia que precede, reduce a la nada (1 Cor 1,28), acompaña, consuela, genera y regenera.

En tiempos de san Benito, la comunidad eclesial y la sociedad humana mostraban muchas semejanzas con las condiciones actuales de la vida humana. Los desórdenes de la cosa pública y la incerteza del futuro, a causa de guerras inminentes o ya en acto, acarreaban males que dejaban los ánimos en confusión y angustia: hasta el punto de considerar a la vida desprovista de todo significado cierto y válido. Entretanto, en el ámbito de la Iglesia estaba en ejecución una ardua y prolongada controversia por la cual hombres apasionados investigaban, de modo más bien animoso, los misterios de Dios, especialmente la inescrutable verdad de la divinidad del Hijo y de su genuina humanidad.

San Benito, considerando atentamente este estado de cosas, pide a Dios y a la viva tradición de la Iglesia la luz y el camino a seguir. La resolución tomada por él, una forma de vida alternativa eficazmente sintetizada en el binomio "ora y trabaja" puede ser considerada el paradigma del estilo cristiano, que – cierto – debe ser después actualizado en variedad de figuras.

Contemplativo, entonces, es un adjetivo radicalmente referido al sustantivo al cual se aplica: la vocación a la bendición en "todo tiempo", sea en el orar como en la fatiga de la acción.

Narra un relato de los sabios de Israel que cuando Dios estaba por crear el mundo las veintidós letras del alfabeto hebreo se dispusieron en círculo delante de él y cada una suplicó: ¡crea el mundo por medio de mí! En vista de la elección, cada letra recordó ser la inicial de uno de los nombres de Dios o bien alguno de sus dones más significativos. Pero ¡ay de mí! a cada letra se le recordó que con ella comenzaban también palabras malas y pecaminosas, por lo cual una a una fueron descartadas. Finalmente, se acercó al Santo, Bendito sea, la letra Bet (B) que así oró: "¡Señor del mundo! Crea el modo, te ruego, por medio de mí, para que todos los habitantes del mundo te alaben cada día por medio de mí así: Bendito sea el Señor cada día y siempre. Amén. Amén". El Santo, Bendito sea, acogió de inmediato la petición de Bet, como está escrito: "Bereshit…En el principio creó Dios los cielos y la tierra". He aquí la explicación por qué la primera palabra de la Biblia hebrea comienza con una B.

A través de un relato imaginativo, la verdad enseñada está lejos de ser fantástica: consiste en proclamar que el sentido de la creación y del hombre en el mundo es de bendecir a Dios y darle gracias en todo tiempo, y a través de cada acto cotidiano que, de tal modo, participando de la gracia creadora, es adoración en espíritu y verdad.

Madre Ignazia Angelini
abadesa del Monasterio benedictino
de Viboldone (Milán)